

DEJARSE AYUDAR

D. XXIX T. O. © Lc.10,1-8. 20 de octubre de 2019

En la geografía de la vida cotidiana aparecen personas que caminan muy despacio, apoyadas en su bastón, o que apenas caminan y lo hacen apoyadas en otras más jóvenes y fuertes. **A nadie le gusta ser anciano, que es la hora de la mendicidad**, del dejarse ayudar porque no nos valemos por nosotros mismos. Como el ciego guiado por mano de otro, la base de todo es la confianza.



En la vida de cada día, todos somos dependientes. Apenas nada de lo que hacemos depende de nosotros mismos: para comer, para vestirnos, para crecer, para trabajar, para sanar cuando estamos enfermos, para lograr justicia cuando nos sentimos desamparados, como la viuda del evangelio. **Lo más difícil, quizás, es pedir y esperar.** Pedir, y pedir insistentemente. Reconocer la propia impotencia y depender de la ayuda de otros. Depender de la ayuda de Dios...

El paisaje de la vida cotidiana se haría más humano si nos viviésemos todos como necesitados, forzándonos a confiar unos en otros, fiéndonos de los demás. Son muchas tal vez las experiencias negativas. Y, sin embargo, es necesario no perder la confianza y aprender a dejarse ayudar. **Aprender a confiar en Dios, que toma partido por los débiles.** Y ser testigos de esa preferencia ante los débiles de nuestras calles siendo justicia de Dios en un mundo injusto.